

LAS VACACIONES ESTIVALES, MARCO APROPIADO PARA LA CATEQUESIS BIBLICA SOBRE LA CREACION

Ya desde antiguo viene preocupando a los educadores la vida espiritual de sus alumnos durante los meses largos del verano. Por otra parte, sorprende encontrar quienes hallan razones para objetar en contra de una opinión comúnmente admitida, según la cual, el ambiente de vacaciones resulta seriamente peligroso para las buenas costumbres y, no rara vez, también para la fe de nuestros jóvenes colegiales.

Al decir esto, no quisiéramos dejar en el olvido los factores positivos que hacen de las vacaciones un período netamente formativo. Dicho aspecto ha sido ya tratado en las páginas de SÍNITE. A ellas remitimos al lector¹. Nuestra afirmación quiere centrarse en otro aspecto parcial de la misma cuestión, pero dentro de esa parcialidad, la consideramos absolutamente válida. Quisiéramos fijarnos de modo particular en el lado débil de las vacaciones, es decir, en esa tremenda verdad ya insinuada, y que múltiples hechos atestiguan, es decir, la peligrosidad del período estival.

Las causas son demasiado conocidas para que las comentemos. Sin embargo, como nuestro trabajo quiere contribuir de algún modo a solucionar el problema apuntado, no estará de más que nos lo planteemos, al menos esquemáticamente.

DOS AMBIENTES OPUESTOS.

Una mirada de conjunto sobre los elementos que intervienen en esta cuestión nos pone de manifiesto la verdad expresada en este epígrafe. Es evidente que en muchos aspectos la vida escolar se desarrolla dentro de unas características de medio netamente diferentes de las

¹ Cfr. Sinite 2 (1961) 181-186.

que constituyen el ambiente de vacación. La atmósfera colegial, en efecto, está determinada por módulos globales, tanto en el orden social como religioso. Si nos fijamos un poco, la vida del *muchacho-alumno* está ampliamente influida y amasada por las continuas insinuaciones de sus profesores y compañeros. Como resultado, la psicología del muchacho se mueve en el interior de un clima perfectamente definible por el principio orteguiano de que el alumno es el alumno y sus circunstancias colegiales. Brevemente, el colegio favorece por múltiples medios la convivencia y ejercita poco la vivencia personal, los contactos consigo mismo.

Dentro del mismo orden de ideas, algo parecido puede decirse en lo que se refiere al aspecto religioso.

El reglamento colegial asigna tiempo para la explicación del catecismo, señala los momentos de oración, determina los ejercicios de piedad y —sobre todo— crea una atmósfera francamente favorable a la vida de fe y al cumplimiento de las obligaciones morales.

Esto, tratándose de la escuela cristiana, es absolutamente cierto. Pero nadie negará que lo será mucho más —debe serlo— allí donde el alumno vive entre religiosos cuya consagración a Dios se revela incluso en los signos externos: hábito religioso, horas de rezo comunitario visto u oído por los mismos alumnos, etc.

Fácil es comprender el contraste ambiental que se seguirá para estos alumnos el día que se despidan de sus profesores para disfrutar de las vacaciones largas.

LAS VACACIONES COMO RIESGO.

En esta doble perspectiva religioso-social, las vacaciones colocan al alumno en situación de aislamiento psicológico. Al desaparecer los horizontes colegiales, integrados por determinadas personas, lugares y ocupaciones apremiantes, nuestros alumnos experimentan más o menos claramente la impresión de soledad y, en casos aislados, hasta de molestia y aburrimiento, al menos durante los primeros días que siguen al cese de las tareas escolares.

Todo ello nos permite llegar a una primera conclusión de orden pastoral: el período de vacaciones priva al alumno de muchos apoyos espirituales, normalmente presentes en el medio escolar. Consecuentemente, se crea para él una situación de peligro.

Si a todo esto añadimos el cúmulo de peligros que ofrecen —o pueden ofrecer— al joven ambientes menos propicios a la virtud, ciertos

lugares de recreo, las compañías inconvenientes o francamente malas, fácilmente se echará de ver la urgente necesidad de promover entre todos los educadores una santa cruzada, con el fin de dar soluciones eficientes a este problema de tanta trascendencia para el éxito de la obra educativa.

Antes de seguir adelante, hemos de responder a una posible objeción. Cabe muy bien que algún lector haya visto en las líneas precedentes una interpretación excesivamente maniquea de las vacaciones. Se nos acusa, tal vez, del tan frecuente como fácil oficio plañidero.

A este tipo de objeciones sólo cabe una respuesta. Ciertamente, sintetizar los meses del descanso veraniego a base de términos como «pe-ligro», «soledad», «abandono»... —de sentido exclusivamente negativo— es una posición inaceptable por errónea. Pero sería gravemente peligroso poner nuestra inconsciencia —o mejor, nuestra pereza facilona— al servicio de problemas demasiadamente serios para que nos contentemos con soluciones todavía insuficientes. Será preciso resignarse a la lógica de los hechos y aceptar las vacaciones con sus contras, si no queremos tropezar siempre en la misma piedra.

Preocupa de veras el solo pensamiento de que sea posible en nuestros alumnos una vaciedad completa de vida espiritual, precisamente en la época del año en que la naturaleza nos ofrece los copiosos frutos de su fecundidad.

Y dicho esto, que ya resulta largo, pasamos a la vertiente positiva del problema.

SOLUCIONES POSITIVAS.

En esta segunda etapa nos incumbe la tarea de buscar todos los medios aptos para llenar el vacío producido por la ausencia del contexto colegial.

Ahora bien, es harto evidente que todo intento de solución en este sentido ha de encaminarse a influir provechosamente en el alumno situado en el ambiente mismo donde normalmente hará su vida durante las vacaciones. Este ambiente, notémoslo bien, no es, no puede ni debe ser el colegio.

Vale la pena que analicemos cuidadosamente esta última afirmación, ya que así llegaremos al eje en torno al cual gravita toda la problemática de las vacaciones en el aspecto no sólo religioso, sino en toda la amplitud de la obra educativa.

Un postulado psicológico de primer orden y que está al alcance de

cualquier observador nos dice que el hombre, y más aún el niño, tienden a unimismarse con el medio circunstancial que les rodea. La recta razón, por su parte, afirma que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, sin que haya entre ellos fisura que los separe. Ahora bien, el alma está embebida en todo el cuerpo, y a través de éste queda vinculada al ambiente circundante de tal modo, que gran parte de sus pensamientos y afectos están motivados y como regulados por aquel medio vital.

De estos principios brota con claridad cartesiana una consecuencia que parece no haber sido comprendida por muchos pedagogos y catequistas: el problema vacacional debe plantearse *sin contar* con el colegio, si bien éste podrá entrar como factor accesorio en la solución requerida.

SOLUCIONES INSUFICIENTES.

a) *Concentraciones periódicas en el colegio.*—Al margen de estas ideas, y un poco también en contra de ellas, se ha pregonado, tal vez con optimismo excesivo, el sistema de reuniones periódicas en el colegio, donde los alumnos son objeto de algunas exhortaciones pastorales y se les facilita la recepción de los sacramentos de la penitencia y eucaristía.

¿Qué decir de este método? No faltan motivos para alabar esta norma de acción, por tantos conceptos excelente, pero no podemos disimular que sus limitaciones son demasiado importantes para que se pueda proponer como la solución definitiva al problema que nos ocupa.

La asistencia a esas citas, como es obvio, sólo será posible para un reducido número de alumnos. Para los demás, el problema queda en pie. Y aun para los que se reúnan en el colegio, el sistema ofrece escasas posibilidades de éxito.

Las razones son claras. En primer lugar, esas citas colegiales no pueden multiplicarse demasiado, de lo contrario, se harían muy pronto molestas a los asistentes, y éstos acabarían por evitarlas. Por otro lado, distanciadas pierden casi toda su eficacia en relación al fin por ellas pretendido, es decir, se tornan impotentes para mantener al alumno en determinado clima espiritual favorable a la virtud.

Por parte de los profesores, resulta asimismo imposible en no pocos casos mantener la regularidad de estas reuniones, dado que deben ausentarse de sus propias residencias por razones de descanso o estudio.

Por todo lo cual, creemos sinceramente que este sistema, aunque muy provechoso en sí, no puede ser considerado como la solución definitiva al problema batallón de las vacaciones.

b) *Las guías espirituales*.—Con idéntico fin apostólico, si bien con bases distintas, se ha ideado otro recurso que ofrece, sin ningún género de dudas, mayores garantías de éxito respecto al procedimiento anterior.

Se trata de las *guías espirituales* para las vacaciones.

En esos bonitos folletos se incluye un corto comentario de las principales fiestas litúrgicas y se recuerda a los alumnos periódicamente sus principales obligaciones religiosas y morales: huida del pecado, de las malas compañías, precepto dominical, fechas más propicias para la confesión, los beneficios de la comunión frecuente, etc.

Como se ve, en primer lugar, tales guías subsanan una de las lagunas principales del sistema anterior, puesto que pueden englobar a todos y cada uno de los alumnos. Por otra parte, se acomodan mejor al aspecto de vivencia personal que caracteriza, según se ha dicho más arriba, el ambiente de vacaciones.

Con el fin de facilitar su uso, han adoptado un formato de bolsillo, lo cual no es pequeña ventaja, pues así cada alumno puede llevar consigo su propia guía y manejarla según sus gustos o conveniencias.

Esto supuesto, fácilmente se deduce que el valor positivo de este procedimiento está pendiente de dos factores: por una parte, del uso que haga el alumno de su guía; por otra, del contenido pastoral de ésta, más o menos apto para mover los corazones de los lectores.

En cuanto a este último punto, hemos podido notar que no pocas de esas guías carecen del enfoque teológico que les conviene. Hemos visto delineado en sus páginas un cristianismo tal vez excesivamente defensivo e individualista. Al alumno se le habla de peligro, de tentación, de malas compañías..., y apenas se le sugieren los medios oportunos para conservarse en gracia de Dios, como sería, por ejemplo, plantearle sus deberes de apostolado, indicarle las maneras de comunicarse con Dios a través de la naturaleza que le rodea, etc. Choca, ciertamente, comprobar que esas guías nada dicen sobre la gran teofanía del Padre Creador que dejó en sus criaturas un reflejo maravilloso de sus divinas perfecciones. Y, sin embargo, son incalculables las posibilidades pastorales que laten en ese espectáculo grandioso de la naturaleza creada.

Con esto hemos llegado al punto que debemos destacar. La me-

ditación asidua de estas cuestiones nos ha hecho llegar al firme convencimiento de que el éxito quedará facilitado en gran medida si conseguimos infundir en el alma de nuestros discípulos lo que, con terminología prestada, llamaríamos *la mística de la creación*. Es el mismo San Pablo quien se encarga de explicarnos el mecanismo y resultados de este método cuando, dirigiéndose a los Romanos, les dice que Dios no excusará de pecado a cuantos no supieron servirse de las cosas visibles para elevarse hasta las invisibles². Ahora bien, por esa misteriosa relación que existe entre la predicación y la fe, entre la palabra y la vida sobrenatural³, el catequista cargaría con toda esa responsabilidad si por culpable negligencia no llegaran sus discípulos a comprender «cuán maravillosas son las obras de Yahvé en todos los confines de la tierra»⁴.

Basten estas consideraciones para trazarnos las leyes de la catequesis que prepararía a nuestros alumnos para vivir intensamente su fe en el ambiente de vacaciones.

Por lo que llevamos dicho, se deja adivinar asimismo que el fin principal de esta catequesis debe ser eminentemente práctico. Se trata de formar a nuestros alumnos en la contemplación del primer artículo del Credo, hacer posible en ellos la fe práctica en el Dios Padre, creador del cielo y de la tierra. Como gráficamente dice San Agustín, nuestra misión en este punto debe tender a enseñar «cómo se va al cielo, no cómo van los cielos».

Nos daríamos por satisfechos si en las líneas que nos restan lográramos poner de manifiesto la prodigiosa riqueza de recursos que esconden las páginas inspiradas de la Biblia, y en especial los Evangelios y el libro de los Salmos, para acometer con plena seguridad de éxito la catequesis sobre la creación, la más apropiada, sin duda, para mantener a nuestros discípulos en la senda del bien.

LA NATURALEZA CREADA EN LA BIBLIA.

Con este título entramos de lleno en el tema que nos habíamos propuesto tratar.

Que los catequistas se dignen abrir las páginas santas de la Biblia. Se puede asegurar por anticipado que no será necesaria fatiga alguna para llegar a la persuasión de que en ellas se encuentra ya des-

² Rom. 1, 19-20.

³ Rom. 10,14 ss.

⁴ Salmo 65 (N.B.—Para los salmos seguimos siempre la numeración de la Vulgata).

arrollada la catequesis que necesitan nuestros alumnos para el tiempo de vacaciones.

No podía ser de otro modo. La Biblia contiene la historia de una nación que por su misma condición de pueblo nómada debió vivir sus mayores acontecimientos religiosos en contacto directo con la naturaleza. Según la misma Sagrada Escritura, tuvieron que pasar siglos antes de que Israel llegara a conocer la vida de las ciudades. Por eso, es normal que su ideología religiosa evoque las vicisitudes de una existencia influida y como regulada por los agentes de la naturaleza.

Baste recordar a este propósito que los dos sucesos principales del Antiguo Testamento, base de la teocracia israelítica, tuvieron por escenario una montaña —el Sinaí— y el Mar Rojo.

El Nuevo Testamento se acomodará igualmente a la mentalidad de los hebreos, pueblo de grandes dotes imaginativas, como todos los pueblos orientales, y tratará de transmitir el mensaje religioso a través de medios intuitivos, parábolas, alegorías y toda suerte de comparaciones. Puede observarse a este respecto que sobre las treinta principales parábolas del Señor, la mitad reflejan situaciones del campo o del mar. Esto prueba la ineptitud del pueblo hebreo para entender las cosas por medio de categorías abstractas.

La Iglesia, por su parte, se ha mantenido fiel a esta perspectiva bíblica; por eso no ha dejado de tomar la naturaleza como símbolo de los misterios cristianos. Piénsese, por ejemplo, en la importancia que tienen en la liturgia los fenómenos naturales de la luz y las tinieblas, cómo se sirve de los frutos de la tierra para elaborar la materia de los sacramentos, o cómo, en fin, armoniza sus fiestas con los ciclos de la naturaleza.

Claramente se deduce de aquí que la Biblia, por su contextura literaria, puede ser la base para dar al ambiente vacacional de nuestros alumnos el clima religioso que le conviene.

DIFICULTADES PRÁCTICAS.

El aprovechamiento de estos recursos bíblicos requiere por parte de nuestros discípulos un conocimiento bastante completo de la Sagrada Escritura y, por ende, la lectura frecuente de la misma.

Por otra parte, esta lectura no está exenta de dificultades.

Con el P. de la Campa⁵, las podemos reducir a las dos siguientes: la Biblia puede ser más o menos peligrosa, la Biblia puede resultar ininteligible.

⁵ PROYECCION, abril 1961, pág. 98.

Por lo que toca a lo primero, es obligado decir que no todas las páginas de la Biblia son aptas para edificar a cualquier lector. La crudeza con que se describen ciertas situaciones supone en los lectores madurez y equilibrio moral, amén de una formación suficiente en materia de fe. Ahora bien, no es fácil encontrar estos requisitos en todos nuestros alumnos, sobre todo en los pequeños o medianos.

Nos encontramos, pues, ante una dificultad digna de tenerse en cuenta. Pero no en tal modo que se llegue hasta el exceso de cerrar el libro de Dios a todos nuestros alumnos, sin distinción. Esta medida sería, sin duda alguna, mucho peor que el remedio, puesto que dejaría a muchas almas en la ignorancia total de la divina Palabra.

Por este lado creo que se ha recorrido bastante camino. Afortunadamente, se da entre los fieles una progresiva desaparición de cierto complejo de inferioridad respecto a la Biblia, complejo que abundó entre muchos elementos del campo católico durante el primer tercio de nuestro siglo.

En nuestros días podemos hablar de una auténtica primavera bíblica, mérito, sin duda, del gran Pontífice Pío XII, cuya Encíclica *Divino Afflante Spiritu* es considerada por muchos como uno de los primeros puntales de la presente renovación pastoral y religiosa del pueblo cristiano.

Un deber de obediencia nos obliga, por tanto, a secundar estos deseos del llorado Papa, haciendo que su ideal —«la Biblia, manjar espiritual de los fieles»— sea una realidad fecunda entre nuestros alumnos y, por ellos, en sus familias⁶.

Según estas directrices, incumbe al catequista la tarea santa de iniciar a sus discípulos en la lectura y meditación de la divina Palabra. Estudie con este objeto los medios oportunos para evitar la «peligrosidad» de la Biblia y procure, ante todo, infundir en el alma de sus niños un respeto grande hacia la Palabra de Dios. La expe-

⁶ He aquí las palabras del Santo Padre: «Por lo demás, procuren los preladados acrecentar y perfeccionar cada día más, esta veneración [hacia las Sagradas Escrituras] en los fieles a ellos encomendamos, promoviendo cuanto emprendan varones que, llenos de espíritu apostólico, laudablemente procuran excitar y fomentar entre los católicos el conocimiento y el amor de las Sagradas Escrituras, principalmente de los Evangelios, y procurar con todo ahinco se haga bien y santamente su cotidiana lectura en las familias cristianas [...]. Y concluye el Papa hablando de la gran utilidad de la Biblia en todos los ámbitos del apostolado: «Y estén persuadidos todos los sagrados ministros que todo cuanto de más por el estilo el celo apostólico y el amor a la divina palabra invente a este propósito, será para ellos un eficaz auxiliar en la cura de las almas». *Divino Afflante Spiritu*, n. 26.

riencia nos dice que, supuesta esta disposición espiritual, desaparecen muchos de los peligros anejos a aquella lectura.

Por lo que se refiere a la selección de los temas que deben proponerse o evitarse, pertenece a la prudencia del educador hacer dicha distinción de acuerdo con la edad y preparación de los alumnos. Más adelante se sugieren algunas normas en este sentido.

Respecto a la segunda dificultad, es decir, a la ininteligibilidad de la Biblia, hay que evitar igualmente las actitudes extremas. No se puede negar que la Escritura, al igual que las demás literaturas, está vinculada a unas circunstancias étnicas, geográficas y cronológicas que la mantienen algo apartada de nuestra mentalidad. Pero, como ha quedado apuntado más arriba, esta ley no puede aplicarse en toda su integridad tratándose de las literaturas orientales, y en concreto de la bíblica, dado su carácter eminentemente existencialista y práctico.

Quien haya leído un poco las sagradas Escrituras, sabe muy bien que el lenguaje de la Biblia es bastante expresivo, coloreado y dinámico para no exigir por parte del lector ninguna formación clásica ni filosófica. La experiencia de cada día nos dice que no son excepción los casos de personas sencillas que poseen un conocimiento bastante profundo de la Biblia sin necesidad de magisterio alguno. Por lo mismo, sería grave error pensar que la Biblia es sólo para teólogos.

Supuestas estas aclaraciones, deben considerarse como apropiados al alcance mental de nuestros alumnos, incluso medianos, además de los Evangelios, los siguientes libros del Antiguo Testamento: buena parte del Pentateuco; los libros Sapienciales, especialmente el libro de los Salmos, el de Job y algunas partes del Eclesiastés y Eclesiástico, y, finalmente, numerosos fragmentos de los libros históricos.

CATEQUESIS DE LA CREACIÓN A PARTIR DE LA BIBLIA.

Señaladas las posibilidades de la Biblia para la catequesis en general, podemos ya concretar el modo de aprovecharlas en relación al problema religioso de nuestros alumnos durante el período de vacaciones.

Si nos preguntamos por los libros de la Sagrada Escritura más apropiados para la catequesis sobre la creación, la respuesta se nos ofrece inmediatamente: tal vez no hay ninguno tan apto como los Salmos para darnos una interpretación religiosa exacta y al mismo tiempo completa del cosmos y revelarnos el misterio del Padre Creador.

Entre los ciento cincuenta salmos, encontramos más de treinta —algunos de ellos, los más largos del salterio— que tienen como tema central la consideración de Dios en cuanto manifestado en sus criaturas. Por lo demás, la idea religiosa aparece en los mismos tan claramente, que a veces resulta casi experimental y, por tanto, accesible a mentalidades infantiles. En consecuencia, despertar en nuestros alumnos el interés por estos salmos es proporcionarles un arsenal de sentimientos religiosos fáciles de utilizar durante la época de sus vacaciones.

Un modo práctico de realizar esta tarea sería leerlos de cuando en cuando a lo largo del año escolar, aprovechando, sobre todo, las salidas al campo en los días de asueto.

Sobre los salmos, pues, puede estructurarse una espiritualidad suficiente y sobradamente rica para fomentar en el hombre un clima de filial reverencia hacia el Dios que se manifiesta «en la inmensidad de los cielos, las alturas de los montes, fertiliza los campos y domina los mares»⁷.

Ojalá sirvan los salmos de ocasión para que todos nuestros alumnos puedan repetir, en cualquier lugar donde se hallen, la exclamación de Jacob en Betel: «Verdaderamente ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo»⁸. Habríamos conseguido entonces hacer vivir a nuestros alumnos el dogma de la omnipresencia divina, tan importante en la vida de muchos grandes santos.

Una última advertencia. Aunque en el libro de los Salmos se contienen todos los temas esenciales a la vida cristiana (la existencia de Dios, su Providencia, su misericordia y deseos de redención), bueno será completarlos y reforzarlos con la luz que dimana de los Evangelios. Téngase aquí presente lo dicho anteriormente acerca de las parábolas, por lo común más ricas en contenido que los salmos, si bien exigen, por otra parte, cierta labor exegética que dificulta su comprensión.

Y dichas estas ideas sobre el material que puede servir de base para la catequesis de la creación, se impone una palabra acerca del modo cómo debe presentarse este tema a los alumnos.

La catequesis sobre la creación puede desarrollarse con matices notablemente distintos. Dos nombres, Aristóteles y San Francisco de

⁷ Salmo 103.

⁸ Gén., 28, 16.

Asís, nos dicen a las claras el modo radicalmente diverso de enfrentarse con el tema.

Evidentemente, huelgan para nuestro propósito los métodos demostrativos, aptos para «descubrirnos» la existencia de un ser abstracto, inerte, encerrado en sí y sin relaciones vitales que interesen al hombre. Para este primer principio, el mundo es una realidad aislada, incapaz de ser amada ni vivida.

San Francisco de Asís, por el contrario, partiendo de la Biblia, de la fe, entiende el mundo como «revelación» del Dios bueno. Providente, volcado sobre el hombre y entusiasmado por las bellezas del mundo creado⁹.

Este segundo aspecto misterioso y espiritual es el que debemos fomentar en nuestra catequesis. Al igual que los hebreos, nuestros alumnos deben ponerse en comunicación, entrar en diálogo, vivir la realidad de Dios, que es creador precisamente porque es Padre¹⁰.

Notemos de pasada que no sería oponerse a estas normas utilizar los conocimientos científicos de los catequizandos para despertar más intensamente en ellos los sentimientos religiosos. Al contrario, sería muy conveniente, sobre todo entre los mayores, poner de relieve los prodigios de grandeza, sabiduría y belleza que suponen la infinidad de los astros, la variedad incalculable de los animales y plantas, la multiplicidad de fenómenos físico-químicos observados en la naturaleza y, en general, la armonía de todo el universo, para provocar en ellos sentimientos de adoración y de alabanza hacia el autor de tanta maravilla.

A este propósito es sumamente elocuente un dato obtenido en una encuesta realizada el año 1958 en los Estados Unidos. A la pregunta «¿Por qué cree usted en Dios?», el 43 por 100 de los preguntados propusieron como motivo primero de sus creencias religiosas el orden maravilloso manifestado en el universo. Este porcentaje es tan elocuente, que nos ahorra todo comentario.

CONCLUSIÓN Y SUGERENCIAS PRÁCTICAS.

Como coronamiento de todo lo que se ha expuesto, y con el fin de ayudar a los catequistas poco familiarizados con el libro de los Salmos en la selección de los que se prestan más para la catequesis aludida, damos a continuación la lista de los que tocan el tema de la

⁹ Gén., 1 *passim*.

¹⁰ Cfr. CATECHISTES, abril, 1959, págs. 224 ss.

creación. Son los siguientes: 8, 18, 28, 38, 45, 46, 49, 64, 65, 66, 67, 67, 71, 95, 96, 97, 102, 103, 104, 106, 107, 113, 120, 133, 134, 138, 143, 144, 145, 147.

Entre los citados, varios pueden considerarse como oraciones de alabanza. Será conveniente insistir en ellos de modo particular con el fin de formar a los alumnos en esta clase de oración, muchas veces olvidada en los círculos colegiales, y menos espontánea en los muchachos, dada la psicología egocentrista propia de la edad.

No podríamos terminar estas páginas sin sugerir algunas ideas sobre ejercicios prácticos que podrían realizar los escolares de acuerdo con la catequesis expuesta. Estas tareas, al mismo tiempo que despertarían el interés de los alumnos por el mundo que les rodea, contribuirían a fomentar en ellos una tendencia a ver el aspecto religioso de las cosas profanas o simplemente naturales.

Como queremos ser breves, proponemos algunos a título de ejemplo.

1. Describe tres hechos presenciados durante tus vacaciones en los que se reproduzcan escenas similares a las propuestas por el Señor en sus parábolas.

2. Compón una oración para agradecer a Dios los beneficios otorgados al hombre por medio de:

- | | |
|---------------|-----------------|
| — los campos, | — de la luz, |
| — del mar, | — de la lluvia. |

3. Lee algunas parábolas que se refieran a la vida del campo y di cómo se las explicarías a un niño que nunca las ha oído.

4. Dibuja lo que ves desde tu ventana durante una noche de verano, y escribe, como pie, una oración de agradecimiento a Dios que te lo da.

5. Si estuvieras con niños campesinos ante unas cepas, ¿cómo les explicarías la parábola de la vid y los sarmientos?

6. Prepara en frascos aproximadamente iguales una colección de los frutos que se emplean para la materia de los sacramentos.

7. Repite las palabras que dijo Jesucristo al ver:

- | | |
|----------------|-----------------------|
| — los pájaros, | — un rebaño, |
| — los lirios, | — la higuera estéril. |

Di brevemente lo que quiere enseñarnos con ellas.

8. Frente a un árbol frutal, di lo que Dios y el hombre han hecho, respectivamente, para que sus frutos lleguen a sazón.

9. Entresaca diez versículos de los salmos 8, 103, 64, 65 y 148 que

puedan considerarse como un canto a la sabiduría y poder de Dios manifestados en la creación.

10. Saca o escoge tres fotografías de paisajes que te gusten y pon a cada una un pie tomado de algún salmo.

11. ¿Qué salmo rezarías:

- en el mar,
- en lo alto de una montaña,
- frente a un campo de mieses sazonadas,
- durante una tempestad,
- al amanecer,
- contemplando el cielo estrellado,
- en la víspera de una excursión?

Juan BERNAD, F.S.C.